

## Letras

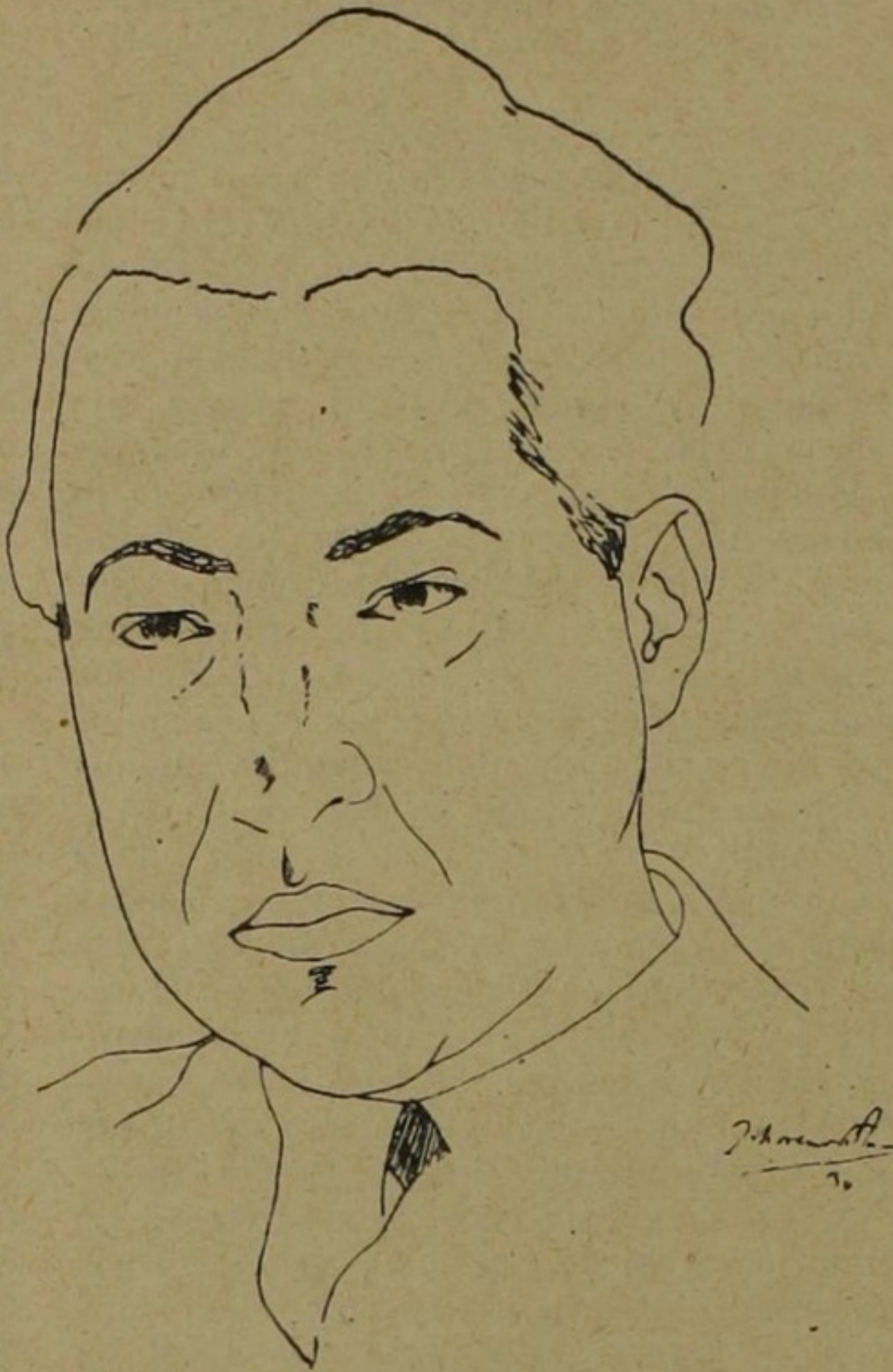
## Un libro de poemas

= De La Vanguardia. Barcelona =

1.—El universo está aquí—en un libro—, frente a nosotros, órgano complejo de miles de tubos invisibles, de miles de registros cuya manipulación nadie conoce totalmente. Un mundo cargado de electricidad dormida hay aquí, frente a nosotros, ofreciéndonos uno de sus mejores bruñidos teclados de marfil.

Alzamos la tapa, abrimos el libro. Si nuestros sentidos son capaces de hallar los registros que halló el poeta, una parcela del orbe comenzará a vibrar con igual ímpetu que al escribirse estos versos; se nos revelarán iguales misteriosas relaciones entre las cosas. Si nuestros dedos son pesados, toscos, es inútil que querramos establecer la comunicación. El fluido no obedecerá. Por eso una obra poética pocas veces encuentra su crítico. El crítico, ante el órgano de escondidas arterias eléctricas, se comporta como un afinador. Ante todo busca en él los tubos desafinados, y brega en las entrañas del libro hasta hallar los granitos de polvo que interrumpen la circulación.

«El poeta se sirve de cosas y de palabras como de teclas—escribió otro poeta—; y toda la poesía descansa en una asociación.» Quien ante un libro de poemas se sienta con afanes superiores a los de un afinador, no dejará de tropezar con esas válvulas que, al ser rozadas amorosamente, abren cancelas mágicas. Porque entre nosotros y el mundo exterior hay siempre muros espesos, pero los bloques pueden desgajarse por una súbita centella. Si el pensamiento del filósofo—acaso monótono de ariete—desmorona piedra a piedra la más sólida construcción, una certera imagen de poeta le hace rasgarse en espléndidos rosetones. ¿Abiertos hacia muros más altos? Preferimos hacia este mundo en que vivimos, hacia esta misma realidad de que formamos parte. El poeta contemporáneo—hablamos de quien se siente actual—no pretende conducirnos a mundos fantásticos, forjados con irisadas—falsas—espumas del que vemos, sino revelarnos ciertos parentescos ideales del cañamazo que a diario estamos viendo sin conocer toda la ruta de sus hilos. No tiene el poeta por qué crear un mundo; le basta con descifrar el de todos, con hallar el interruptor capaz de hacer visible, en un momento, una certera instalación. El mundo viejo estrena así contornos nuevos. Una calle, un edificio, cambian súbitamente de arquitectura bajo la presión de un dedo. Aquella cornisa desdeñada pasa a convertirse en el cauce geométrico—y luminoso—más robusto; tal ménsula que sostenía un negro y feo pedrusco, pasa a sostener un delicioso racimo de ámbar; esta línea borrosa deviene rúbrica incandescente... Así un poema. Cuando un poeta desciende a los infiernos, lo más enmarañado se reparte en armoniosos círculos; aunque descienda a un vertedero, no habrá despojo que no se trueque en algo vivo. La vehemencia personal del poeta lo transfigura todo. Su construcción personal se superpone a la más trivial apariencia. El mundo es el mismo, pero siempre había de él perfiles ignorados. Un dedo sabio hirió la tecla exacta, y en el aire se fraguó la nueva construcción.



Jaime Torres Bodet

Por J. Moreno Villa

Poeta: ingeniero en cuyos planos la cosa más enclavada en tenaces geometrías, acaba por cambiar de perfil. De rostro.

2.—Ese teclado hoy corresponde al poeta mejicano Jaime Torres Bodet, autor del libro *Destierro*. En él dice:

Todo mi tacto crece en frondas finas  
y lo sacude un látigo de nervios musicales.

Quizás por esas frondas, en las imágenes de *Destierro* predominan los elementos plásticos. Quizá por esos nervios, hay en cada poema un compás característico que define la construcción. Imágenes táctiles que avanzan sin perder el ritmo escrupulosamente preestablecido. Ritmo que no roe nunca la expresión—como en las viejas cabalgatas líricas—, aunque en ocasiones se corre el peligro de verlo tiranizar el verso. Pero la expresión vence. ¿Quién no conoce los tres enemigos de la expresión artística: lo lógico, lo plástico y lo rítmico? Pero son tres enemigos a quienes es preciso reunir, con gran cautela, aunque jamás logren ser totalmente amigos. Sólo de su constante escaramuza vencida puede nacer el buen poema. Porque el poema es una encrucijada, y los caminos misteriosos que en él confluyen, de aquellos tres puntos de partida arrancan. La razón amenaza con hacer del poema un silogismo. La plástica preferiría convertirlo en un catálogo de primores terrestres. La música, en otro de primores celestes; en una góndola hacia el país de lo inefable—es decir, de lo incon-

creto—. Pero la ingeniería—todo buen poeta es, ante todo, constructor—, aún la misma ingeniería lírica, o es concreta o no es nada. Aún el buen místico—el mismo San Juan de la Cruz—escribe sus *Noches* de arrobó con la misma precisión que Alfredo de Musset.

Primero—y siempre—la expresión, cabalgando sobre el trípode... Jaime Torres Bodet, enamorado de la música, no se deja arrastrar por ella a esos muelles divanes de la facilidad. Su verso es, efectivamente, heraclitano—y sólo hablamos aquí del libro *Destierro*, porque su producción poética, en verso y en prosa, es muy extensa—; pero sus imágenes obedecen a su propio relieve, no al compás de marcha. Su verso es «fluido», pero sólo lo necesario para que en él se refleje exactamente cada primor de las márgenes. Sólo debiéramos llamar ritmo al latido peculiar de cada verso o grupo de versos que cierran una línea expresiva. Lo demás son batutas exteriores, capaces de acompañar a un mismo tiempo a muchos buenos y malos instrumentos. Sólo creo en los poemas que tienen fisonomía y temperatura individuales. ¿Quién puede creer en pulsos estandarizados? Como la forma viva, también el ritmo debe ir de dentro afuera. Del corazón a la piel. El contenido moldea a la vasija, no la vasija al contenido. ¿Quiere alguien presentarnos una emoción, un pensamiento—no discutamos el nombre—que haya nacido predestinado a encerrarse en la jaula—o en el fanal—de un soneto?

3.—Los poemas de *Destierro* están escritos en verso libre, en ese verso que ha roto las cadenas de papel—de diccionario—de la rima, los tiesos alambres del retórico amillaramiento—ceñudo regulador del cendal lírico—, pero se ciñe cadenas inexorables de lógica disfrazada de música; porque el verso libre es el más encadenado de todos: sólo será expresivo cuando traduzca una profunda armonía de pensamiento y emotividad. Un equilibrio entre alma y espíritu que acierta a revelarse en un trozo de materia—palabras, mármol, sonidos o colores—, he aquí el arte. Toda cosa es poética con tal de que se crucen a punto en ella la corriente encendida en las entrañas y la voluntad de ordenación que viene del espíritu. En cualquier rincón del orbe podremos hallar la tecla bajo la cual está durmiendo una brisa. El mundo es una inagotable sinfonía de la cual todo auténtico poeta va despertando fragmentos de fisonomía aparte, de *tempo* diferente.

Así Jaime Torres Bodet, en *Destierro*. ¿Es este *Destierro* definitivo y en ruta hacia el país de las gracias retozonas, o temporal y con promesa de internarse en aquellos parajes severos a donde alguna vez fue llevada Proserpina? Desde luego, el mismo poeta—al fin del libro—nos anuncia su regreso al país si de más serenidad, también más transitado. ¿De más serenidad? Pero la excelencia del verso heraclitano radica en cierta matemática sutil, quizá más rigurosa que todos los cánones. Alguien ha dicho que el poema es algo así como el desarrollo

— (Pasa a la página 193)